

*Hubo un hombre llamado Juan, a quien Dios envió como testigo, para que diera testimonio de la luz y para que todos creyesen por medio de él. Juan no era la luz, sino uno **enviado a dar testimonio de la luz**. Los judíos de Jerusalén enviaron sacerdotes y levitas a Juan, a preguntarle quién era. Y él confesó claramente: "Yo no soy el Mesías". Le volvieron a preguntar: "¿Quién eres, pues? ¿El profeta Elías?". Juan dijo: "No lo soy". Ellos insistieron: "Entonces, ¿eres el profeta que había de venir?". Contestó: "No". Le dijeron: "¿Quién eres, pues? Tenemos que llevar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué puedes decirnos acerca de ti mismo?". Juan les contestó: "Yo soy, como dijo el profeta Isaías, 'Una voz que grita en el desierto: ¡Abrid un camino recto para el Señor!'" Los que habían sido enviados por los fariseos a hablar con Juan, le preguntaron: "Pues si no eres el Mesías ni Elías ni el profeta, ¿por qué bautizas?". Juan les contestó: "Yo bautizo con agua, pero **entre vosotros hay uno que no conocéis**: ése es el que viene después de mí. Yo ni siquiera soy digno de desatar la correa de sus sandalias". Todo esto sucedió en el lugar llamado Betania, al oriente del río Jordán, donde Juan estaba bautizando.*

### ***"Entre vosotros hay uno que no conocéis"***

La historia de Israel es una historia de amor entre Dios y su pueblo elegido. Una historia en la que Dios se va haciendo presente de maneras diversas hasta hacerse niño llegando a nosotros sin imposiciones ni presiones, en el silencio y la sencillez.

Israel esperaba al Mesías desde hacía siglos, y sin embargo cuando lo tuvieron entre ellos, no lo reconocieron. Algo impedía a los ojos de este pueblo descubrir la verdadera identidad de Jesús de Nazaret. Por eso, en la Palabra de hoy, Juan el Bautista nos abre los ojos y nos habla con claridad **"Entre vosotros hay uno al que no conocéis"**.

Jesús está con nosotros y muchas veces no sabemos reconocerlo, o quizá es que no queremos, porque el hacerlo nos "obliga" a que nuestra vida de un giro radical. Nos "obliga" a ser como Juan, **testigos enviados a dar testimonio de La Luz**. Y esto, hoy más que nunca, tiene sus consecuencias.

Jesús nunca se va a imponer, por eso requiere que seamos nosotros los que tengamos bien abiertos los ojos de la fe. El Bautista, en este tiempo de Adviento, nos llama a reconocer a Jesús como la única Luz, invitándonos a desprendernos de otras luces que nos deslumbran, nos ciegan y en el fondo, no nos dejan ver.

Hoy, tercer domingo de Adviento, es también conocido como domingo de alegría. Y es que no podemos ser seguidores de Jesús estando tristes, apáticos, apagados o aburridos. Jesús nace y es necesario que estemos bien despiertos y que nuestra alegría sea verdadera, profunda y sincera. No es este un año fácil para esto, pero incluso inmersos en una pandemia, Dios cuenta con nosotros para que seamos testigos de esa Luz que no se apaga.

Nos invita a confiar. Sí, confiar. Confiar incluso en estos momentos que vivimos, que parecen un sin sentido, mientras la situación trastoca todos nuestros planes. Confiar a pesar del dolor y la angustia. Confiar, aunque no veamos cercano el abrazo del amigo o familiares que tenemos lejos; confiar,

aunque de momento las sonrisas estén ocultas, y confiar mientras muchas vidas se ven sesgadas por la enfermedad, la falta de trabajo o el distanciamiento. Y es que, incluso en esta ocasión, en este Adviento tan particular, Dios nos envía el mensaje de que todo es posible. Porque es en este momento cuando Dios quiere hacerse un hueco en cada uno de nosotros y transformar nuestra historia.

Prepararnos para Navidad es confiar en el proyecto que Él tiene para cada uno de nosotros y para eso nos hace falta escuchar, mirar a lo más íntimo de nuestro ser. Ser capaces de “empobrecernos un poco”, ser humildes, vaciarnos de lo que nos sobra, de todo lo que hace ruido y nos impide escuchar.

En el evangelio de hoy, Juan nos habla de su identidad y nos llama por tanto a mirarnos a nosotros mismos para descubrir nuestra identidad más profunda. ¿Sabemos quienes somos? ¿nos reconocemos en lo que hacemos, en lo que decimos, en lo que vivimos? Sólo sabiendo quienes somos, reconociéndonos a nosotros mismos, seremos capaces de saber hacia dónde vamos y de reconocer a Jesús en ese camino.

En este tercer domingo, simplemente mira y acoge tu historia, tus pisadas, tus huellas y déjate mirar por Dios para descubrirle ahí, en ti, donde Él habita y ser testigo de su Luz.

Lucía